YANG GUEN-SE

YANG GUEN-SE

Según la novela

Templadura del Acero de Wang Jao

Adaptación de Yi Fan

Dibujos de Jo You-chi

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PEKIN 1961

Primera Edición, marzo de 1961
Segunda Edición, julio de 1961

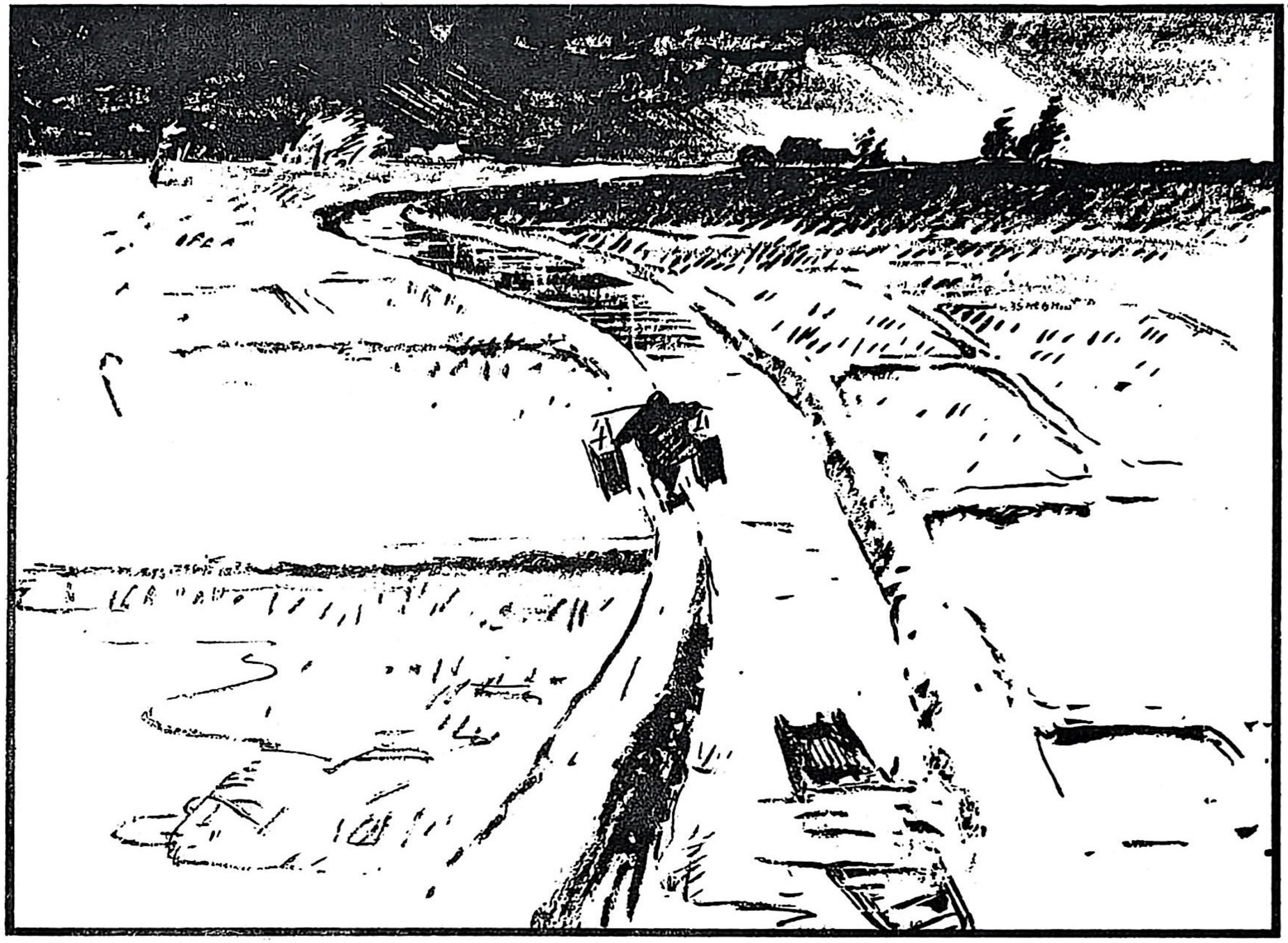
Impreso en la República Popular China
Printed in the People's Republic of China

NOTA DEL EDITOR

El día 10 de octubre de 1950, el ejército invasor norteamericano pasó el paralelo 38, avanzó hasta las orillas del río Yalu llevando el fuego de la guerra hacia la frontera del nordeste de China, amenazando gravemente la seguridad de China. El pueblo chino envió a sus mejores hijos, los Voluntarios Populares Chinos, que, abandonando su país, marcharon a Corea y se juntaron con el Ejército Popular Coreano para luchar contra los invasores norteamericanos. Después de tomar cinco veces la ofensiva, el Ejército Popular Coreano-Chino, al fin, pudo expulsar al enemigo llegando muy cerca del paralelo 38, por lo cual hizo cambiar completamente la marcha de la guerra de Corea; además, esto obligó a los invasores norteamericanos a firmar el acuerdo de armisticio en julio del año 1953 en Panmunjon.

Entre los Voluntarios Populares Chinos se han revelado muchos combatientes heroicos. Uno de ellos es Yang Guen-se (1922-1950).

Estas ilustraciones nos darán una idea de la vida luminosa y combativa de este héroe extraordinario; de su noble espíritu de patriota, internacionalista y héroe revolucionario.



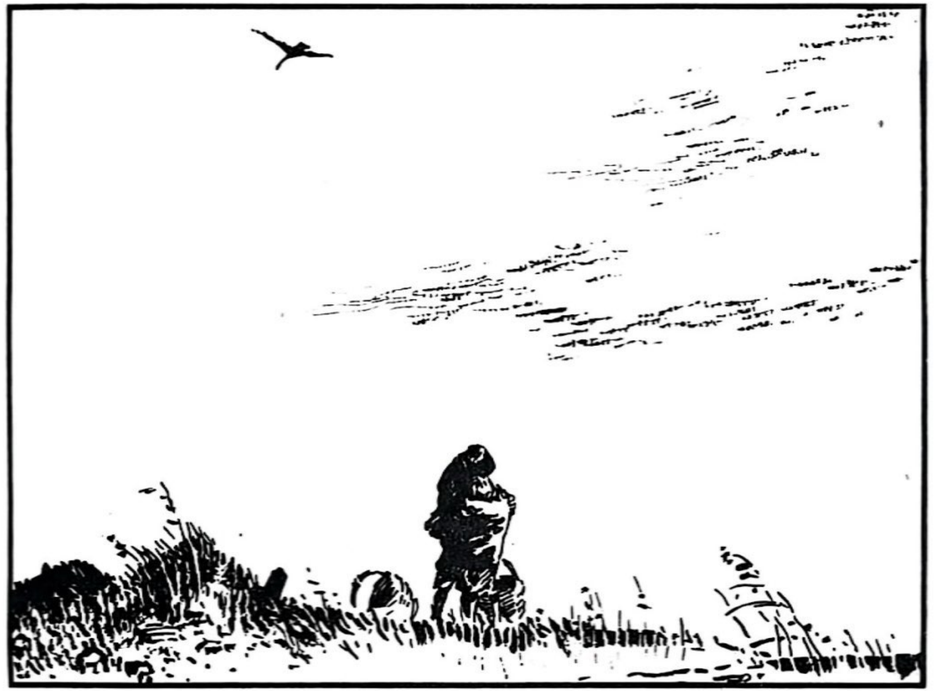
La gran llanura de la provincia de Chiangsu al norte del río Yangtsé es una inmensa planicie sin límites, fertilísima.

A pesar de ser este territorio tan fértil, sin embargo en aquel tiempo, la vida del pueblo era muy miserable. En este lugar hay una aldea pequeñita y pobre llamada Yangjo. En el año 1922 nació en ella Yang Guen-se.

El año en que había nacido Yang Guen-se, su abuelo, al no poder pagar el arriendo de la tierra que cultivaba, fue tan apremiado por el terrateniente Chou, «el Verdugo», que se suicidó tirándose al río. La situación de la familia, con dos brazos menos para el trabajo y una boca más por alimentar, fue más difícil que nunca.

Cuando Yang tenía cuatro años, un día que su padre transportaba mercancías en un carrito a Jaián, a mitad de camino fue asesinado por las hordas del caudillo militar.

La madre de Yang al oir esta infausta nueva, cayó al suelo sin sentido. Unos días después, se volvió loca.

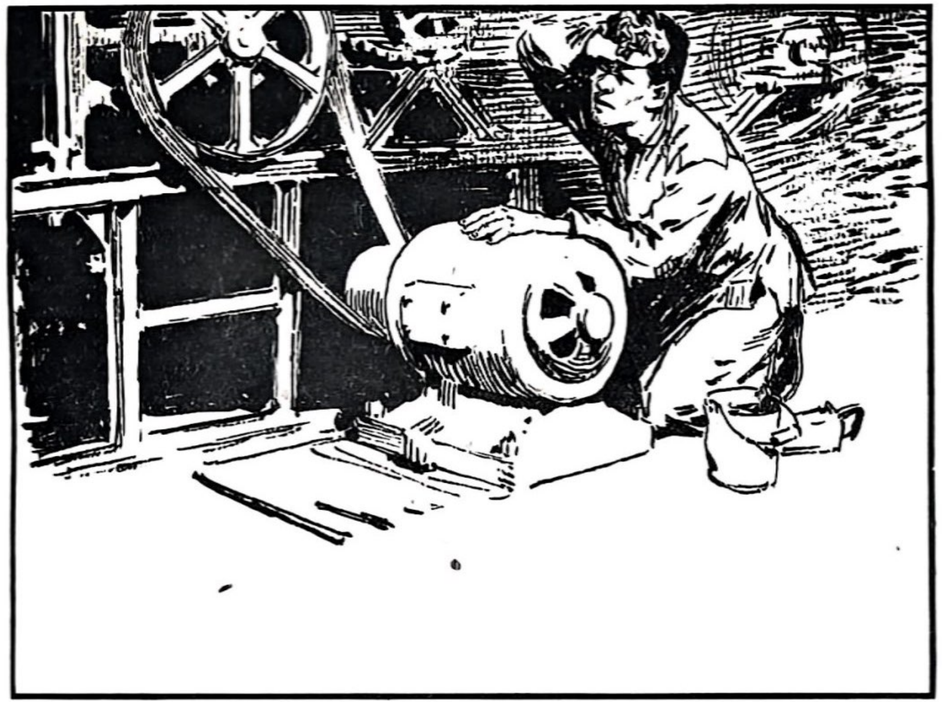


Al poco tiempo, la madre murió. Yang Guen-se vivía al amparo de su hermano, quien trabajaba en la casa del terrateniente cuidando vacas. Se alimentaban de batata y de vegetales silvestres y pasaban días muy penosos.

Unos años después, su hermano, acompañado de su tía Yin Chu, se fue a Shanghai en busca de trabajo. Yang quedó solo desconsolado.

Yang Guen-se no encontró otro medio de vida que ir a cuidar las vacas del terrateniente Chou. En junio aún vestía un abrigo guateado roto, pero en el frío diciembre, tenía que vestir un pantalón delgadísimo. Pasaba una vida miserable.

Al estallar la guerra de defensa contra los japoneses, su tía y hermano se refugiaron en su pueblo, en invierno. Oyeron decir que en la concesión de Shanghai las fábricas habían otra vez abierto sus puertas. La tía y el hermano volvieron a Shanghai llevándose a Yang Guen-se consigo.



Yang inició su trabajo en una fábrica de alfombras; tenía que pulir las máquinas, fregar el suelo, acarrear. . . Esta serie de trabajos le tenía tan ocupado que no le quedaba tiempo ni para respirar.

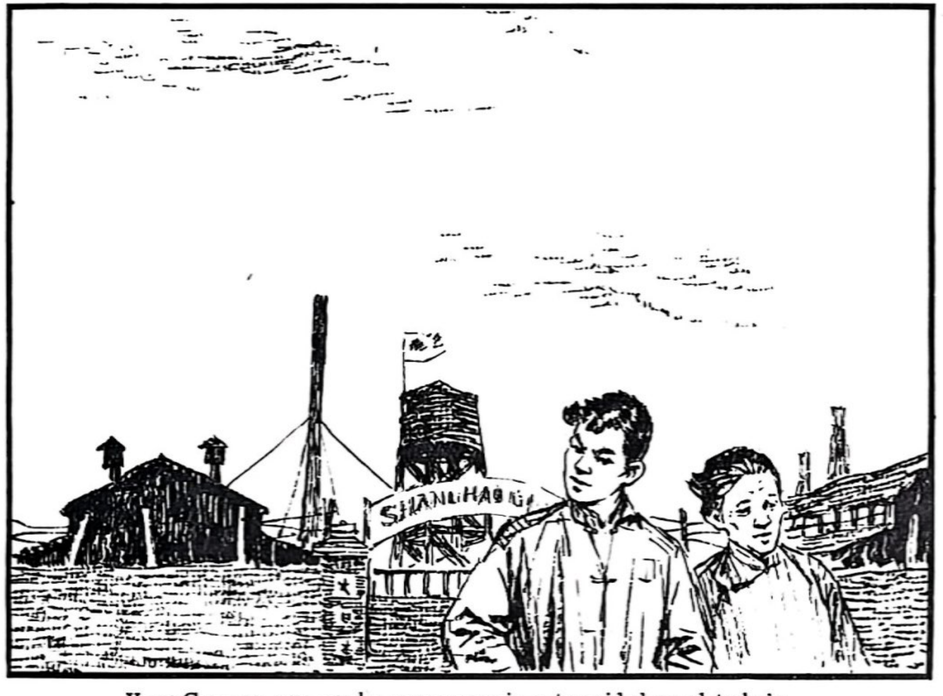
A causa del excesivo trabajo Yang sufría mareos. Un día, mientras estaba limpiando el polvo de una barra, cayó desmayado desde un banco al suelo.

Cuando Yang Guen-se abrió los ojos, estaba acostado en casa de su tía. Sentía un dolor tan agudo en la cabeza que parecía que le iba a explotar. Se pasó la mano por la frente y la encontró llena de sangre. Desde entonces, la frente de Yang tenía una larga cicatriz.

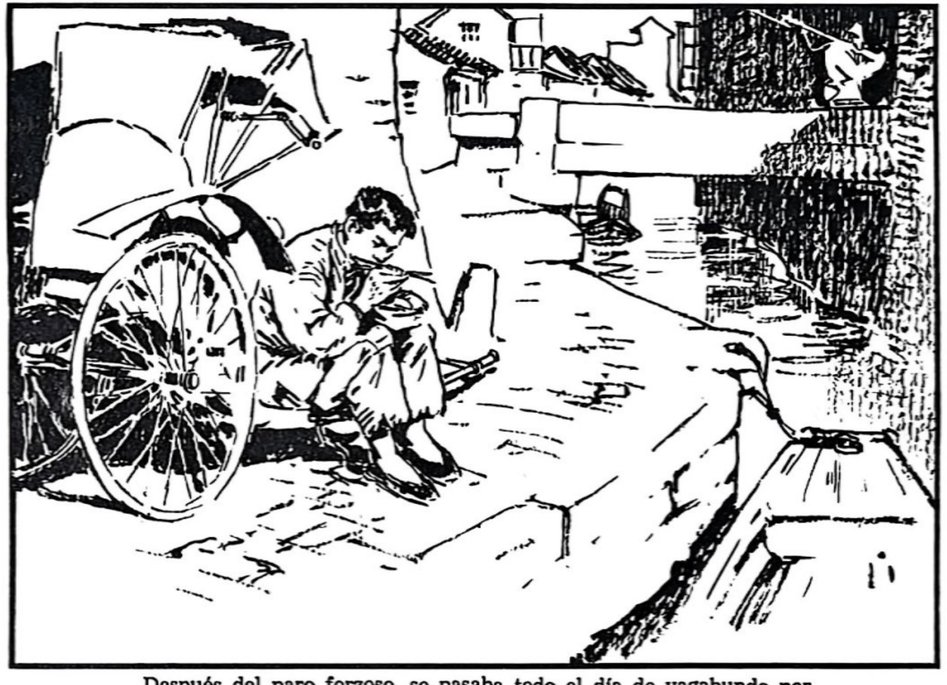
El hermano sólo pensaba en ganar unos céntimos más, a fin de que Yang pasara la vida mejor. Todo el día trabajaba, sin pronunciar ni una sola palabra, Yang Guen-se le aconsejaba que descansase, mas el no le hacía caso.

A pesar de que estaba enfermo de ictericia, se esforzaba en trabajar con todas sus fuerzas, igual que de ordinario. Un día cuando llegó la hora de ir al trabajo, aún no se había levantado. Por la noche, al llegar a casa, la tía y Yang Guen-se lo hallaron tirado en la cama. ¡Había muerto!

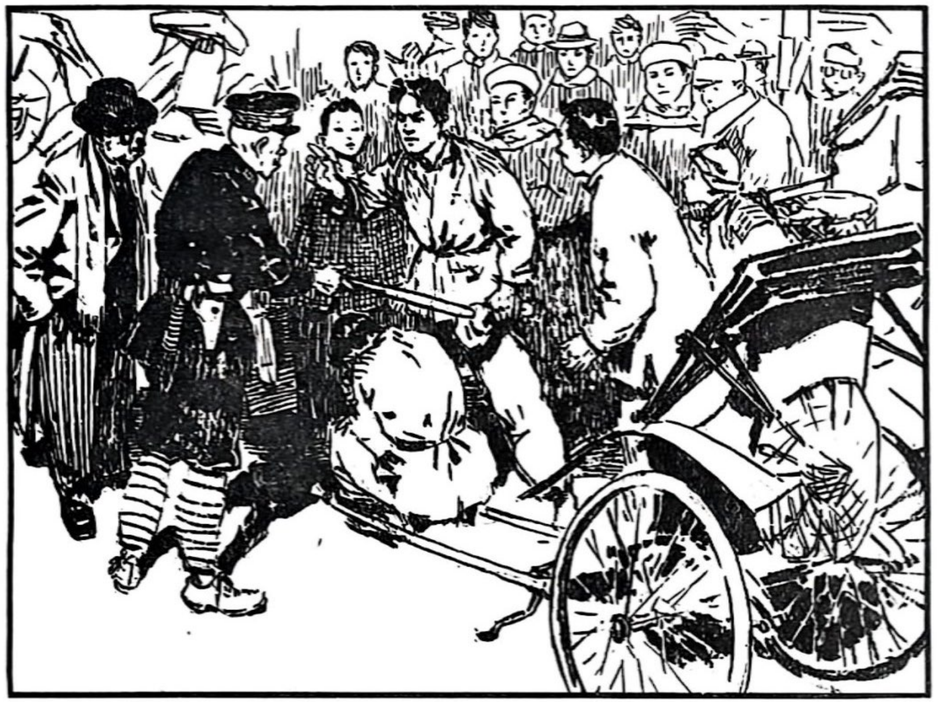
Dentro del corazón de Yang Guen-se parecía como si ardiera un fuego. Recordaba a su abuelo, a su padre, su madre y a su hermano, trabajando como bestias de carga, toda la vida, para al fin, morir. ¿En este mundo, hay días buenos para los pobres?



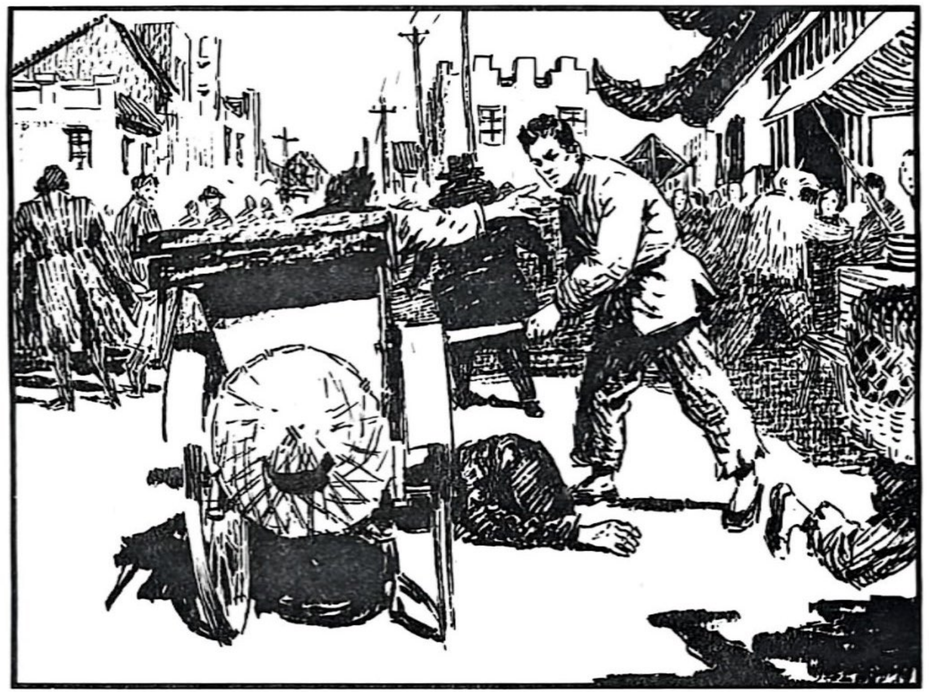
Yang Guen-se, con mucha perseverancia y tenacidad en el trabajo, poco a poco fue aprendiendo a manipular las máquinas, pero la fábrica tuvo que cerrar las puertas. Su tía le dijo: «¡Guen-se, mejor será que vuelvas al pueblo a cultivar la tierra!» Yang Guen-se se opuso diciendo: «¡Si Chou aún vive, yo no quiero volver al pueblo!»



Después del paro forzoso, se pasaba todo el día de vagabundo por las calles. Luego, siguió a unos obreros y llegaron hasta Suchou, donde empeñó sus bártulos para alquilar un rikscha.



Un día que Yang iba con su rikscha por la calle Guanchie, vio una gran multitud aglomerada delante del templo Süanmiao. Había ocurrido que un japonés, cuando el cochero le pidió el importe del trayecto, no sólo no quiso pagarle sino que le apaleó cruelmente. Pero el guardia ayudó al japonés.

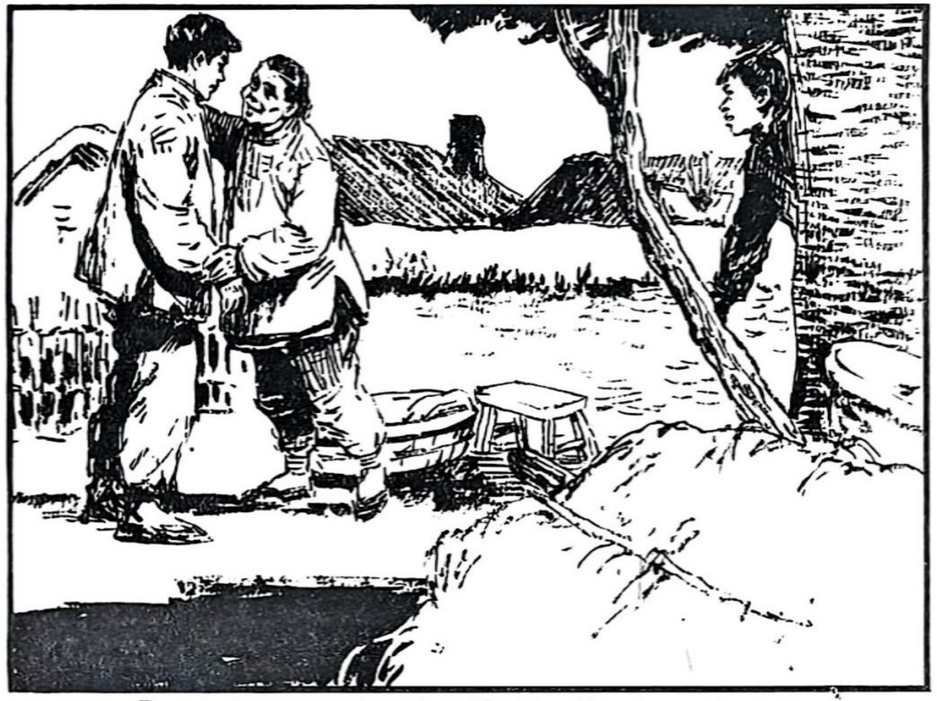


Yang se enfureció hasta temblar, y de repente arrancó de las manos del guardia la porra que llevaba y con toda su fuerza asestó unos porrazos a la cabeza del guardia, el cual cayó al suelo sin sentido. El cochero le gritó: «¡Escápate de prisa!»

Las palabras del cochero lo hicieron recobrarse. Tiró la porra y se alejó corriendo.

Corriendo sin parar llegó hasta las afueras de la ciudad y se escondió en un pequeño templo. Pensó: el rikscha ya está perdido, no podré recuperar el dinero de la garantía, en la ciudad de Suchou ya no puedo vivir más, volver a Shanghai tampoco puedo. ¿A dónde ir?

Como no le quedaba ningún camino, tuvo que regresar a la aldea de Yangjo. Apenas hubo llegado a su pueblo, notó que había cambiado. A la entrada del pueblo, había dos muchachos de guardia, con sendos sables. El antes ya había oído que los pueblos de aquel territorio habían hecho frente a los japoneses, pero ahora lo veía con sus propios ojos. ¡Qué placer tan grande sintió!

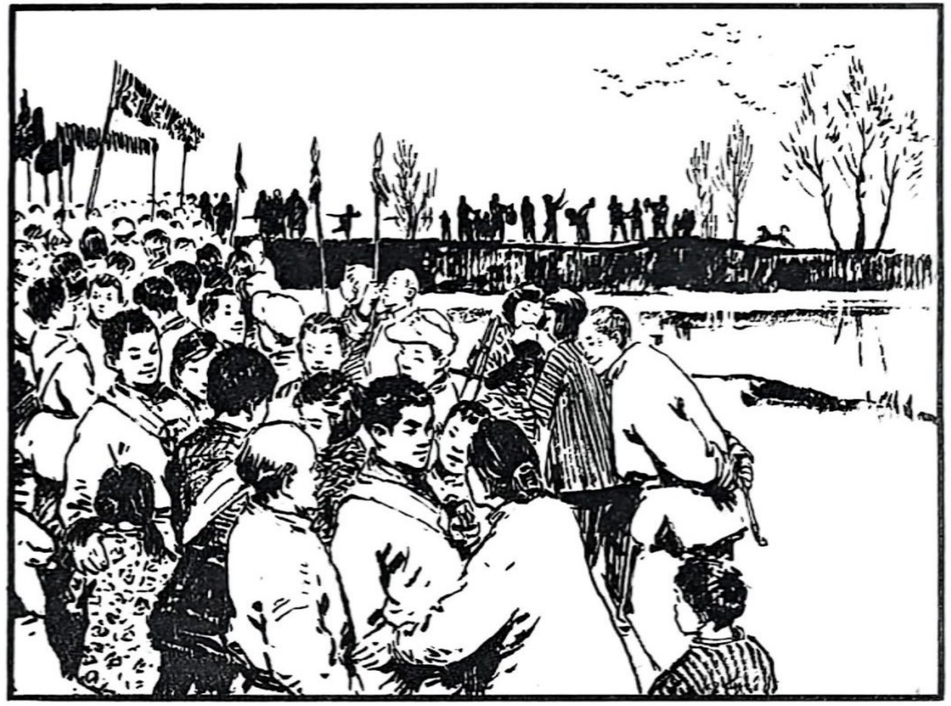


Tan pronto como entró en el pueblo, Yang hizo el propósito de ir a visitar primero a su fiel camarada de la niñez Da Si-dse. La madre de Da Si-dse al ver a Yang Guen-se exclamó: «¡Este no es Guen-se! cómo has crecido, ¿ya debes tener veinte años?» Guen-se le contestó: «¡Sí, sí, es verdad!»

Apenas mencionaron a Da Si-dse, los ojos de la vieja tía se llenaron de lágrimas que rodaron por sus mejillas. Fue Siao Si-dse, el hermanito de Da Si-dse, el que le informó de todo lo que había ocurrido, dijo que su hermano se había incorporado al Nuevo Cuarto Ejército, y que murió gloriosamente en un contraataque.

Aquella noche Yang pernoctó en casa de Da Si-dse. Siao Si-dse le contó algunas anécdotas referentes a la guerra contra los japoneses; también le dijo que él era el capitán de un batallón infantil, y que cuando fuese mayor se alistaría en el Nuevo Cuarto Ejército.

Era ya media noche. Siao Si-dse estaba profundamente dormido, pero Yang aún continuaba pensando en Da Si-dse. De pronto, se sentó, y hablando para sí dijo: «Yo tengo que seguirte, Da Si-dse; tengo que alistarme en el Nuevo Cuartò Ejército.»



En abril de 1944, en el territorio de las bases rojas se inició una campaña de enrolamiento en el Ejército. Ante los aplausos de miles de personas, Yang también ingresó en el Ejército.

Apenas lo hubieron destinado a una compañía del regimiento de veteranos, Yang Guen-se contó al teniente todos sus sufrimientos. Pero el teniente Sun Fu-sheng le contestó: «Tus penas no son tan grandes. . .»

Yang Guen-se saltó de su asiento y exclamó: «¡Mi rencor es tan profundo como un mar de sangre, teniente!» Pero el teniente prosiguió: «Nosotros, soldados revolucionarios, no debemos pensar en nuestras propias desgracias. ¡Dondequiera que mires encontrarás en este mundo gente que sufre y que pasa calamidades! Si concentramos las tribulaciones de todos los que sufren, ¡imagínate lo inmenso que sería este rencor!»

Yang Guen-se se sentó y quedó pensativo unos instantes. El teniente prosiguió, pero cada una de sus palabras llegaba al corazón de Yang. Parecía el cazador, que se extravía en la noche oscura, en la profundidad de las montañas, y ve brillar a lo lejos una luz. De pronto, el corazón de Yang se iluminó.

En los comienzos del verano de 1945, cuando casi habían conseguido la victoria contra los japoneses los reaccionarios kuomintanistas atacaron pérfidamente el oeste de la provincia de Chechiang, donde acampaba el Nuevo Cuarto Ejército. La unidad a que pertenecía Yang Guen-se, defendía con firmeza y decisión su puesto. Comenzaba la defensa del oeste de Chechiang y Yang participaba en este combate.

En el contraataque en la montaña de Taojua, él fue el primero que entró en un gran edificio. Cuando los enemigos que estaban dentro se disponían a huir, él les interceptó el paso, dando tiempo a que el cabo Sun Beng-nan llegara con todo su pelotón e hiciera prisioneros a los enemigos.

En la parte suroeste del pueblo, dentro de un gran edificio, los enemigos disparaban sus ametralladoras pesadas que tableteaban sin interrupción, Yang Guen-se pidió al cabo dos granadas y se apresuró hacia el edificio.

Cuando el enemigo descubrió a Yang, las granadas tiradas por él, ya habían explotado dentro. En aquel instante, el cabo Sun con todos sus soldados se lanzaron al ataque; tan sólo en unos minutos ocuparon la colina que había delante del pueblo.

El enemigo fue completamente exterminado. La batalla de defensa del oeste de Chechiang terminó con la victoria, pero en este combate el teniente Sun Fu-sheng sacrificó su vida; Yang sufrió muchísimo.

Después de descansar tres días, eligieron a los héroes que se habían distinguido en el campo de batalla. El cabo Sun propuso que fuese elegido Yang Guen-se, diciendo que Yang estaba siempre en la primera fila, a pesar de ser un combatiente nuevo.

Toda la compañía unánimemente levantó el brazo en señal de asentimiento. No obstante, Yang se levantó diciendo: «¡Yo no estoy de acuerdo! si tenemos que elegir un luchador modelo, debemos elegir a nuestro teniente, caído. El comisario político nos dice siempre que el que lo sacrifica todo por la causa de la revolución, puede contarse como un gran camarada; y el teniente Sun era uno de ellos.»

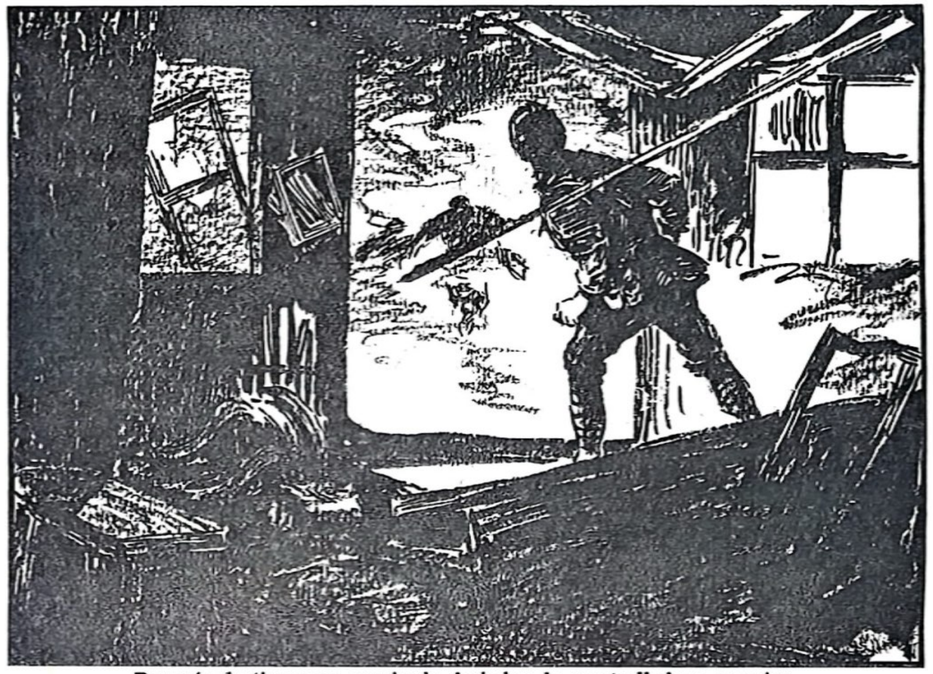
El comisario político, después de oir las palabras de Yang tomó la palabra: «Lo que ha dicho Yang Guen-se es exacto; durante más de diez años el teniente Sun fue abnegado y fiel a la gran causa de la revolución; es verdad, él era un luchador modelo, nosotros debemos aprender de él. . . Pero, Yang Guen-se en esta batalla ha mostrado gran valor y también debemos elegirlo.»

En agosto de 1945, se rindieron los japoneses. A fin de que perdurara la paz nacional, la unidad a que pertenecía Yang recibió orden de retirarse del territorio liberado de Chiangnan (al sur del río Yangtsé). En noviembre del mismo año, Yang ingresó en el Partido Comunista de China.

Al ser miembro del Partido Comunista, Yang sintió una gran responsabilidad. La víspera de la batalla de Taián, juró luchar como un comunista. Pidió la misión de granadero.

La batalla se decidió a nuestro favor. En una noche las tropas entraron en Siguán. Yang y los demás combatientes avanzaron hasta una catedral; una ametralladora les disparaba desde el tejado de otro edificio. Ellos se agacharon bajo el alero y tiraron unas granadas a la ametralladora enemiga.

Pero, en esta posición las granadas no podían llegar hasta el tejado. Además, por nuestra parte ya había muertos y heridos; por eso Yang se dirigió hacia el cabo diciéndole: «Déjame levantarme para tirar; si me toca un balazo sólo soy yo, ¡no podemos dejar que se sacrifiquen tantas vidas!»



Después de tirar una granizada de balas, la ametralladora enemiga enmudeció. Yang Guen-se pasó de un salto al otro lado y precipitadamente entró en el edificio, viendo cómo el enemigo se había escapado hacia la catedral.

Mientras perseguía al enemigo, de pronto una banda enemiga volvió a contraatacar. Cuando Yang se disponía a tirar una granada, la ametralladora enemiga otra vez empezó a tabletear, y de repente, una bala le dio bañándole todo el rostro en sangre.

Rápidamente se acercó a él el comisario político Chen y le vendó la herida. Como la herida era profunda el vendaje le llegaba hasta más arriba de los ojos. Yang impacientemente gritó: «¡Sólo vendadme un ojo, yo quiero ir a atacar al enemigo!» Chen coroboró: «Bueno, camarada, ¿es que no piensas en la herida que llevas?»

El cabo le ordenó que se retirase; sin embargo Yang se opuso, y replicó: «Todavía puedo lanzar granadas, y no os molestaré a vosotros. . .» y apartando el vendaje con la mano izquierda, con la otra cogió una granada y la lanzó al enemigo.

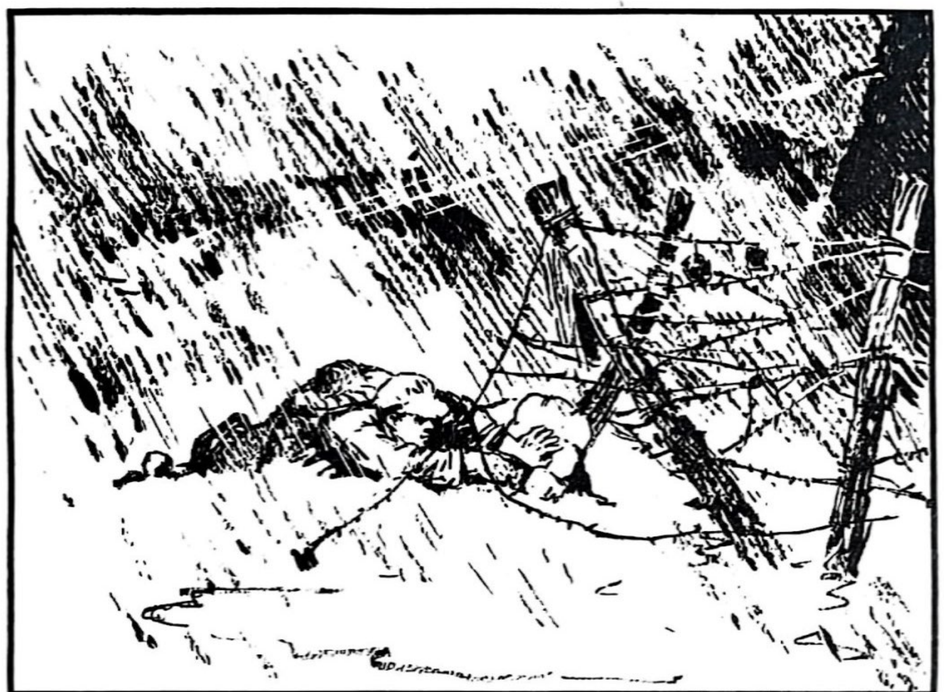
La batalla de Taián ya ha terminado. Yang en esta batalla vio explotar la muralla y también oyó muchas anécdotas referentes a las explosiones; entonces pensó en aprender el arte de los explosivos.

Por esos días, su regimiento escogió a algunos combatientes para que aprendieran a manejar la dinamita y fue elegido Yang. El corazón de Yang se llenó de gozo y emoción. Al día siguiente por la mañana comió un poco de arroz, se despidió del cabo, y partió con sus bártulos.

Cuando Yang regresó de los cursillos, Chiang Kai-shek había provocado la guerra civil; lo cual indignó a todos los combatientes y también a Yang; el cual dijo a sus camaradas: «¡Si el enemigo tiene la audacia de atacarnos, lo aniquilaremos con dinamita!»

No obstante, había algunos camaradas que no tenían confianza en la fuerza de los explosivos. Pero, Yang les explicó: «Nosotros carecemos de armas de peso para atacar las murallas y empalizadas, por eso, ésta es un arma magnífica. . .» Sin embargo, el cabo dudaba todavía: «Desconfío de la eficacia de los explosivos.»

Pero el comisario político y otros camaradas apoyaron lo que decía Yang Guen-se. Dejáronle la responsabilidad de emprender el camino de la victoria: Una vez entablada la lucha, tenía que volar un fortín enemigo.



Apenas se acercó al fortín los enemigos lo descubrieron. Las ametralladoras tableteaban con tanta insistencia que ni siquiera podía levantar la cabeza.

El cabo Wu Chun-lin había llegado oportunamente. Ordenó a los artilleros que dispararan, a fin de proteger a Yang y dejarle preparar la voladura.

La noche estaba oscura, se oía el tictac de la lluvia. Wu Chun-lin oyó al enemigo que gritaba: «¡Preparar las bayonetas, al que suba, lo traspasamos de parte a parte!» Estuvieron esperando, por fin Yang resbalando regresó y dijo: «¡Diablos, es muy posible que esta mina no explote!»

Pasados unos momentos, y no habiendo todavía oído la explosión, el capitán envió al enlace para decirles que se dieran prisa en la operación. El cabo Wu estaba impaciente y él mismo quiso ir, mas Yang le dijo: «¡No, eso no puede ser! yo iré otra vez.» Y avanzó con la segunda mina.

Cuando regresó por segunda vez a su puesto, el uniforme de Yang estaba lleno de barro; Chen le preguntó: «¿Puedes garantizar que saldrá bien?» El hizo un gesto de enfado y tristeza y no articuló ni una sola palabra, fijando su vista en el fortín.

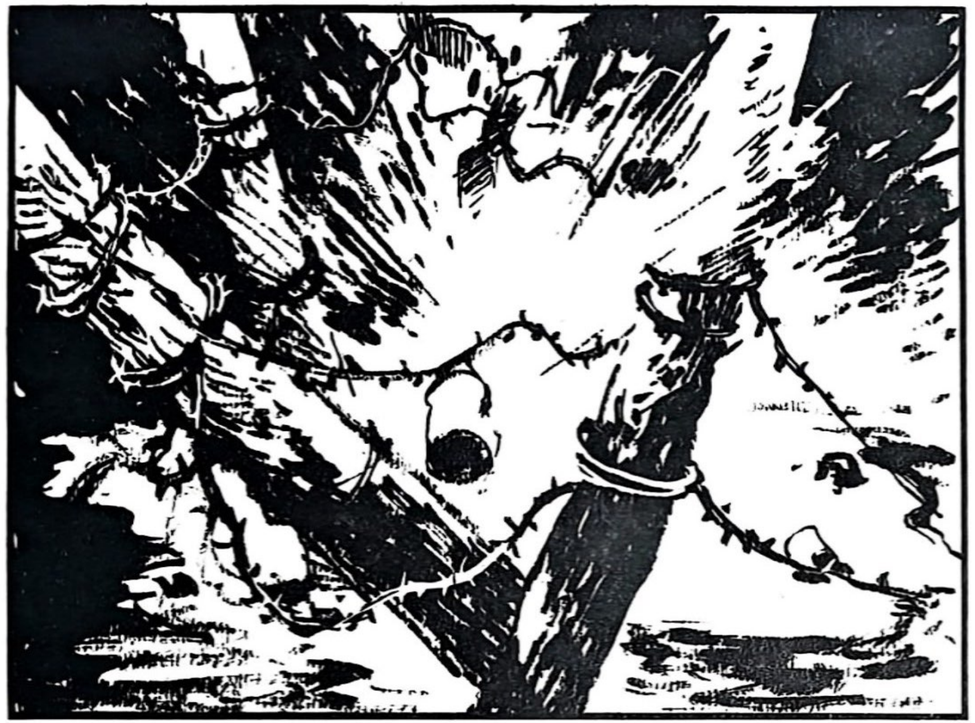
Yang quedó pensativo: yo soy el primero a quien han encargado los explosivos; si fracaso ¿cómo podré después popularizar los explosivos? Cuando pensó en esto, se fue en busca del capitán, le pidió que le dejase coger otra vez una mina a probar otra vez. Como él ya había probado dos veces sin resultado, el capitán estaba desesperanzado.

Cuando llevaba la tercera mina, las granadas explotaban con más precisión, la ametralladora tableteaba más fuerte. Wu Chun-lin vio donde había caído Yang un bulto negro que se movía; pensó que Yang estaba herido y envió a alguien en su ayuda.

En aquel momento, Yang tuvó una buena inspiración; tiró al suelo su sombrero de paja, dejando que le disparara el enemigo y él arrastrándose se deslizó hasta cerca del enemigo.

Se arrastró hasta el fortín enemigo y anudando las tres minas juntas las puso debajo de la dinamita, tiró el hilo de la mecha y salió la llama. Yang lleno de gozo dijo para sí: «¡Esta vez me ha salido bien!»

Wu Chun-lin esperó bastante tiempo y no oyó ninguna explosión, por lo que dedujo que Yang había caído. Mas cuando se disponía a pedir al capitán que lo dejara bombardear, Yang ya había regresado. Estaba contentísimo, cuando informó a Wu Chun-lin de lo ocurrido.



De repente se vio brillar un relámpago, y acto seguido una detonación, la tierra tembló y hasta la montaña pareció moverse.

El cabo Wu Chun-lin dio orden de atacar, Yang fue el primero en lanzarse con las granadas dentro del espeso humo. Rápidamente ocuparon el fortín.

Después de terminado el combate, unos camaradas preguntaron a Yang de qué manera explotó el fortín, Yang levantó la cabeza y exclamó: «¡Yo no creo que haya fortaleza que no pueda ser volada!» Sus palabras y su actitud hicieron reir a carcajadas a sus compañeros.

Una victoria sucedió a la otra, y las hazañas de Yang también se sucedían; ascendió de cabo segundo a cabo. En el invierno de 1948, después de regresar de unos cursillos de instrucción militar, ascendió a teniente de la tercera compañía.

El segundo día de ejercer el mando de teniente de la tercera compañía, participó en la batalla mundialmente conocida de Juaijai; recibió orden de atacar la colina del noreste de Siachai. Aunque a él le habían asignado el mando de una compañía, aún no comprendía bien cómo hacerlo, pero tenía completa confianza en la victoria. Dio la orden al octavo pelotón de zapadores-minadores.

Los combatientes del 8° pelotón atravesaron un campo abierto y se refugiaron en un templo. Yang divisó que el hombre alto y enjuto que llevaba la dinamita era nada menos que el segundo cabo Chen, soldado liberado hacía poco del ejército del Kuomintang.

Un combatiente de la octava fila informó a Yang que Chen había caído herido y las dos veces que se habían puesto los explosivos no habían surtido efecto. Yang se fue corriendo al templo.

Los combatientes trajeron a Chen. De su boca aún salía un débil gemido. Yang quiso decirle unas palabras pero Chen ya había cerrado los ojos. Yang Guen-se sintió una gran pena en su corazón.

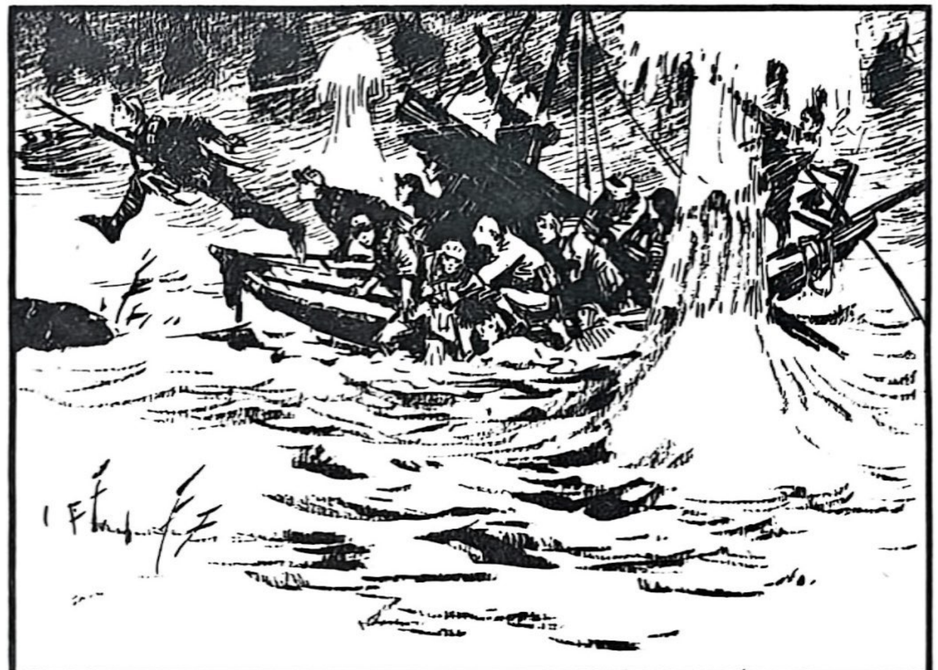
Una fila de enemigos venía avanzando rápidamente y las granadas ya llegaban a las cercanías del templo. En aquel instante, Yang ordenó a Ni Wang-chie que con su ametralladora barriera al enemigo. El enemigo se parapetó en una zanja.

Aprovechando la retirada del enemigo, Yang ideó un nuevo plan estratégico: Una parte de la fuerza quedaría allí para simular un ataque, pero el núcleo principal atacaría por el flanco izquierdo.

El capitán aceptó el plan estratégico de Yang y engrosó todavía más su fuerza con otro pelotón. Apenas llegó la sexta fila al templo, cuando una turba enemiga otra vez se adelantaba precipitadamente. Yang ordenó a la sexta fila desviar la columna enemiga, y él conduciría a la novena fila por el flanco izquierdo.

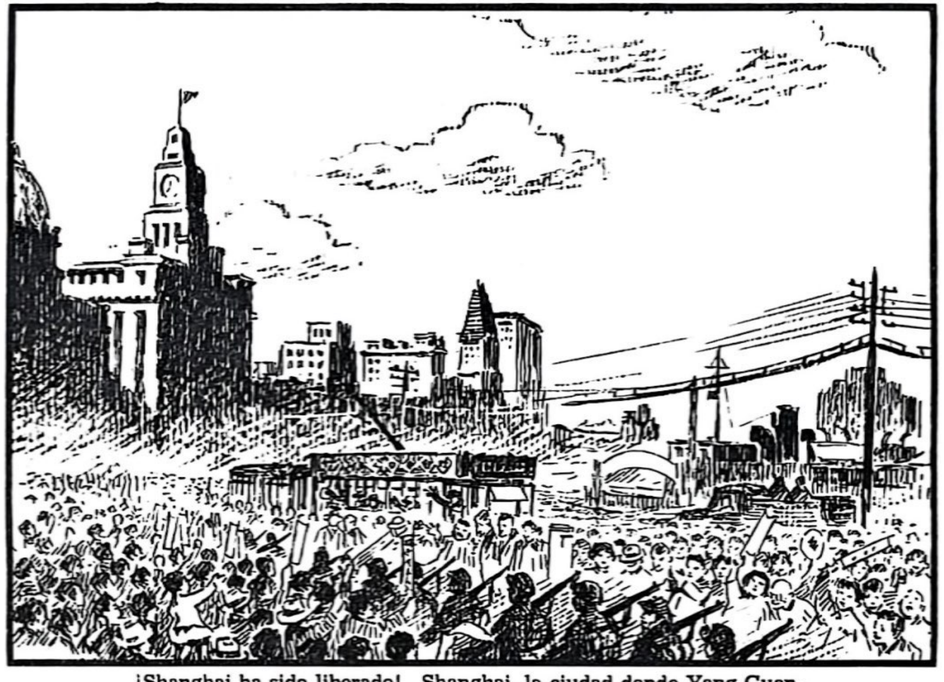
Aprovechando la concentración del fuego enemigo, dirigido hacia el templo, Yang y su gente se lanzaron a la fortaleza enemiga. Una lluvia de granadas, otra de fusiles automáticos y el fuego de la encubierta fortaleza se interrumpió, trocándose el ruido en voces y lamentos de dolor.

El enemigo utilizaba siete fortificaciones encubiertas en este punto, pero fue ocupado por Yang y sus soldados. Los prisioneros quedaron pasmados al ver que tan pocos soldados del Ejército Popular de Liberación pudieran vencer a más de cien soldados que defendían las posiciones.



La gran batalla de Juaijai terminó con la victoria. El 21 de abril de 1949, más de un millón de soldados del Ejército Popular de Liberación cruzaron el río Yangtsé para liberar a las gentes que sufría de la opresión al sur de éste.

Después de la travesía del río Yangtsé, por todos los caminos avanzaban las columnas de soldados del E.P.L. Yang Guen-se sólo pensaba liberar cuanto antes a las gentes del sur del río Yangtsé y perseguir y exterminar al enemigo que huía. Durante la propia marcha, fue ascendido a segundo comandante de compañía.

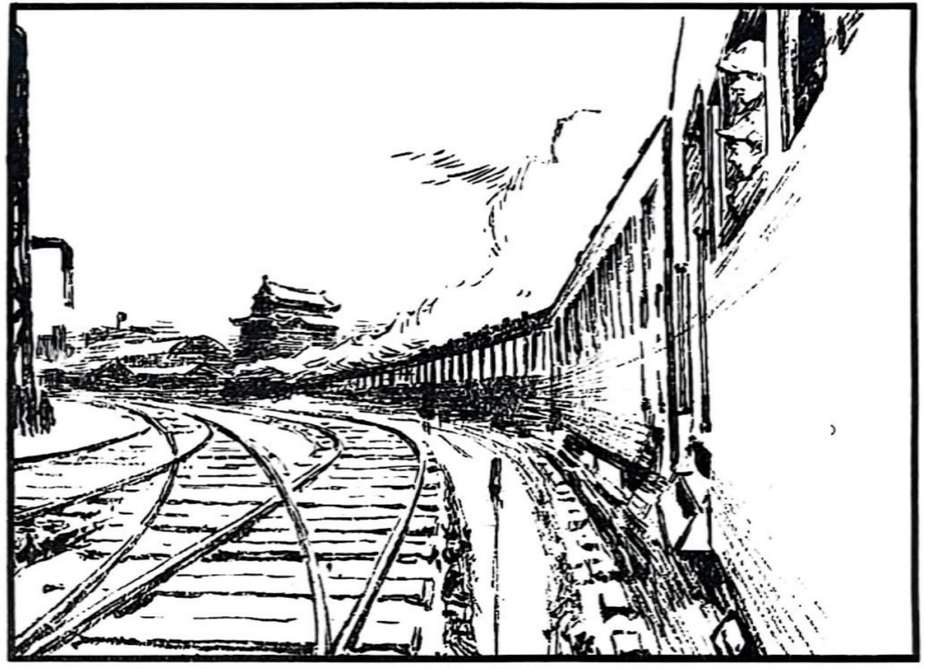


¡Shanghai ha sido liberado! Shanghai, la ciudad donde Yang Guen-se había trabajado y sufrido tanto. ¿Quién ha transformado a un obrero sin trabajo y sin salida como era yo en un combatiente heroico y en un oficial revolucionario? ¡Ha sido el Partido Comunista!

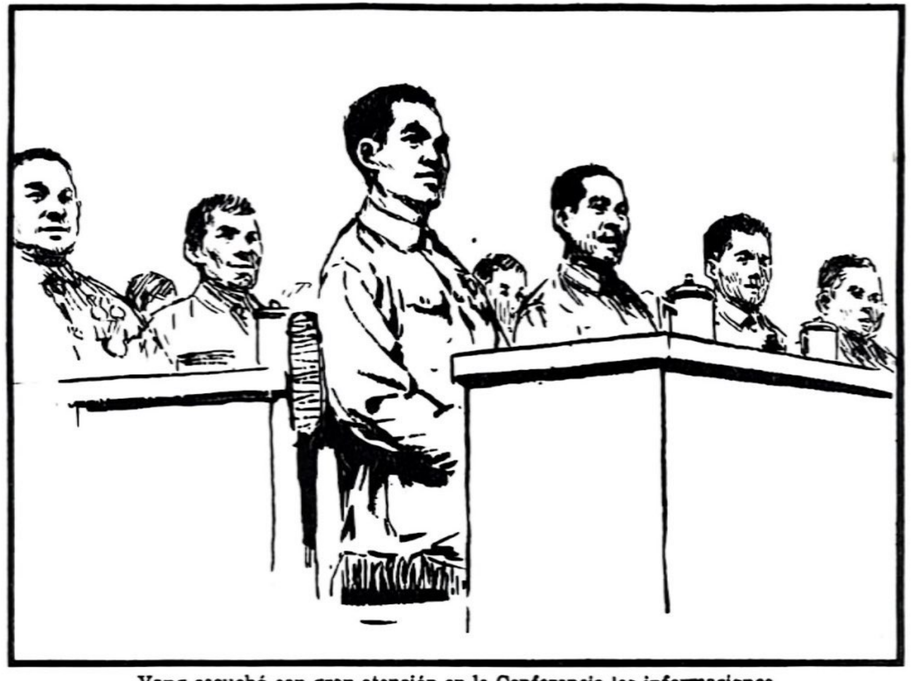
Yang se acordó de que en Shanghai aún vivía una tía suya, su único pariente. Cuando las tropas se alojaron, pidió permiso a sus superiores y se fue a visitarla.

El pequeño cuarto abuhardillado donde vivía su tía no había cambiado. Yang cogió la mano de la anciana, sin poder articular palabra; las lágrimas de la vieja humedecían la mano de Yang Guen-se.

Su tía le refirió con gran contento las transformaciones operadas en la fábrica después de la Liberación. Yang, muy emocionado, dijo: «El Partido Comunista me ha convertido en un combatiente heroico y tú, en la fábrica, seguro puedes alcanzar el honor de ser una obrera ejemplar.»

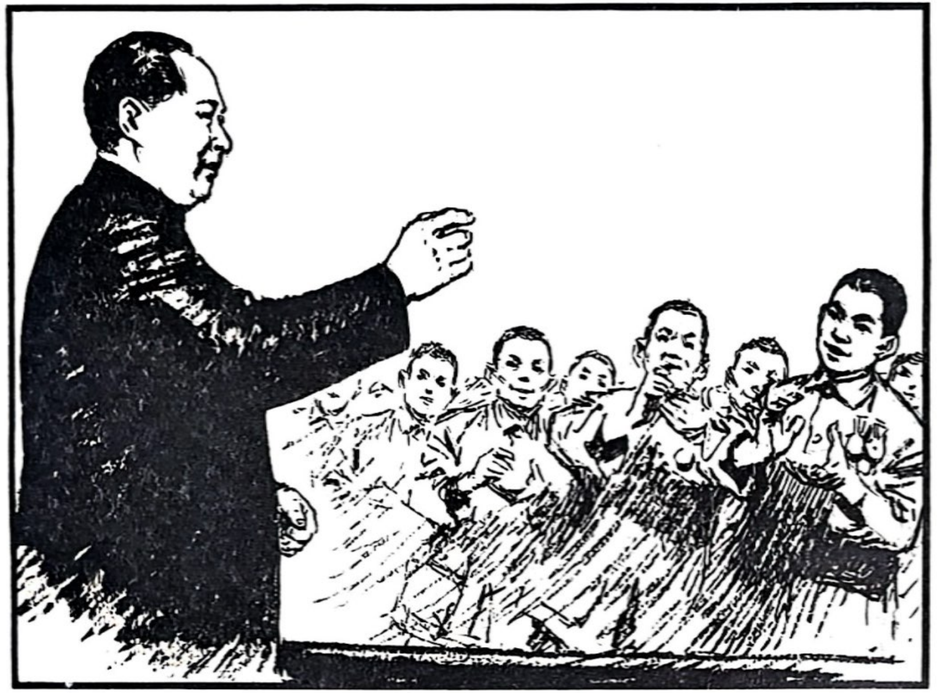


En septiembre de 1950, Yang fue elegido delegado a la Primera Conferencia Nacional de Héroes Combatientes, que iba a celebrarse en Pekín; allí vería al Presidente Mao. Su sueño de toda la vida iba a ser realizado.



Yang escuchó con gran atención en la Conferencia las informaciones de los camaradas dirigentes y de otros combatientes heroicos acerca de sus notables proezas y sus ricas experiencias. Yang se sentía como si otra vez fuera un alumno que asistía a clase.

Durante un descanso, se acercó al retrato al óleo, a tamaño natural, de Dung Tsun-yui, que dio su vida en la Guerra de Liberación al abrir camino al avance del Ejército Popular. Dung Tsun-yui realizó tan gloriosa hazaña porque había comprendido el sentido de la vida. Yang se dio cuenta de que había aprendido otra lección, instructiva y valiosa.



Lo que más le emocionó fue la entrevista con el Presidente Mao. Cuando el gran líder apareció en la tribuna de la Conferencia, Yang sintió el impulso de gritarle: «¡Presidente Mao, si hay alguna tarea que cumplir, señálenosla a nosotros!»

La noticia de que los imperialistas norteamericanos habían desencadenado una guerra en Corea llegó como un trueno. Yang y sus camaradas, que habían luchado por la creación de una nueva China, se presentaron ahora como voluntarios para unirse a la lucha de resistencia a la agresión norteamericana y para ayudar a Corea.

En cuanto los Voluntarios cruzaron el río Yalu, entraron en una ciudad envuelta en llamas a consecuencia de una incursión de la aviación enemiga. Unos pocos días antes, Yang había asistido a los festejos celebrados en la Plaza de Tien An Men de Pekín. Ahora no veía más que ruinas. Al comparar las dos situaciones, Yang Guen-se se dio cuenta del peso de su responsabilidad.

Aquella noche acamparon en un monte nevado; Yang era ya comandante de compañía. Colocó a los centinelas, les proveyó de víveres y se encaminó a su tienda de campaña para descansar.

Soplaba un viento helado. Los copos de nieve eran más grandes y las ráfagas de viento hacían estremecer. Yang no podía conciliar el sueño. Salió de la tienda y fue a inspeccionar sus tropas.

Parecía un frigorífico. Ninguno de los hombres de la 8ª escuadra podía dormir. El jefe de escuadra salió a gatas e informó a Yang de que Wu Fu, su soldado más joven, tenía un fuerte enfriamiento. Las orejas y los pies de otros soldados se habían helado.

Yang se encontró con que dieciocho hombres de la compañía estaban afectados gravemente por la helada. Muchos otros tenían también los pies helados. Pensó: ¡No puedo dejar que los combatientes se mueran de frío! Regresó al puesto de mando para discutir la cuestión con el instructor político de la compañía.

Durante el día cuando los combatientes no tenían que marchar Yang les llevaba a bailar sobre la nieve, así entraban en calor. Además se hicieron manoplas, gorros y calcetines de las mantas de algodón.

Después de varios días de largas marchas se agotaron las provisiones. Pasaron un día sin comer nada. Un enlace del Cuartel General trajo dos cestas de patatas para el batallón de vanguardia; pero éste se las cedió a la compañía de Yang.

Yang repartió las patatas entre los combatientes; a los oficiales no les llegó. El enlace quiso protestar pero Yang no le dejó.

Al ver los soldados que el comandante y el instructor político se habían quedado sin nada quisieron darles las suyas, pero las rechazaron.

El ejército invasor norteamericano, que fue derrotado en la primera campaña, avanzó en tres columnas hacia el río Yalu. La columna del Este ya había pasado el monte Juangtsao; Yang arengó a sus hombres y se lanzaron sobre el enemigo.

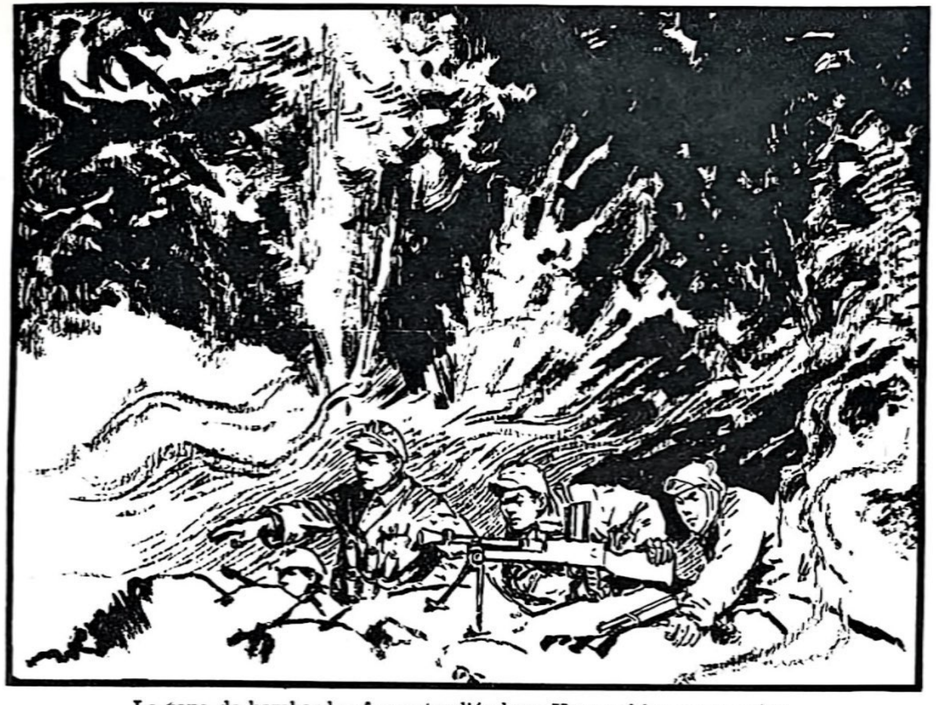
Después de una noche de encarnizados combates, exterminaron la línea exterior de Siacheyuli. El jefe de batallón dio orden a Yang y a la tercera escuadra que defendieran el monte Siaogao con objeto de impedir al enemigo romper el cerco, y a la noche siguiente emprender la ofensiva.

En la mañana del 29 de noviembre Yang condujo a la tercera escuadra al monte Siaogao, punto estratégico de la línea exterior de Siacheyuli.

Había amanecido. Caía cada vez más nieve. Los combatientes en las trincheras tenían las botas y los calcetines congelados, las manos entumecidas no podían cargar los fusiles; estaban, además, muertos de hambre.

La artillería enemiga empezó a cañonear el monte Siaogao; y la aviación les bombardeaba con bombas «napalm». El monte apenas se veía a causa del denso humo y el fuego.

La artillería enemiga había destruido nuestras defensas, Yang dio orden de que fueran inmediatamente reconstruidas.



La zona de bombardeo fue extendiéndose; Yang sabía por experiencia que el enemigo preparaba el ataque. Con toda rapidez marchó a la primera línea de fuego defendida por la octava escuadra y dio instrucciones de cómo detener el asalto.

Cuando el enemigo estaba a 30 metros, Yang dio la voz de ¡FUEGO! Y una lluvia de balas y granadas de mano hicieron numerosas bajas al enemigo.

El enemigo se vio forzado a retroceder, pero bien pronto reanudó el bombardeo del monte Siaogao con más violencia aún. El ametrallador Liu Yu-ting fue herido en la cabeza. El cabo corrió a prestarle los primeros auxilios.

Dos compañías enemigas protegidas por ocho tanques avanzaban para un nuevo ataque.

El cabo informó inmediatamente a Yang, el cual ordenó abrir fuego contra la infantería enemiga.

Las tropas enemigas se acercaban más y más protegidas por la aviación y la artillería. Se les distinguía muy bien. Yang se lanzó con sus hombres contra el enemigo entre los silbidos de las balas y las explosiones de las granadas.

En el monte Siaogao se inició un encarnizado combate de cuerpo a cuerpo.

El alférez Bao Si-gung había disparado su última bala, cuando estaba dando culatazos a un soldado enemigo cayó herido.

El combatiente Wang fue herido en la cabeza, la sangre le tapaba los ojos; se le ordenó retirarse, pero él se frotó la cara y siguió adelante.

Un artillero de la séptima escuadra cayó herido; Yang rápidamente ocupó su puesto, siguió disparando la ametralladora.

Hacia ellos avanzaba otra avalancha de tropas enemigas, Yang ordenó que la mitad de la 8ª escuadra atacara por detrás, mientras que las escuadras 7ª y 9ª presionaran desde lo alto del monte; el enemigo se vio forzado a retroceder en desorden.

Ahora los tanques enemigos lanzaban el ataque hacia la cima del monte Siaogao. Yang Guen-se con la idea fija de volarlos a todos, sacó rápido los explosivos de la trinchera y en ese instante le detuvo el soldado Chao Yu-sin.

Chao no dejó que Yang arriesgara su vida; le arrebató los explosivos y se apresuró hacia los tanques enemigos.

Chao introdujo los explosivos en las llantas del primer tanque; al momento se oyó la detonación. El ataque quedó inutilizado y los demás retrocedieron precipitadamente.

Así fue como Yang y sus hombres rechazaron el cuarto y quinto ataque del enemigo. Yang pasó revista a su tropa y vio que estaba diezmada.

En ese momento el soldado Chiang, que había sido enviado al Estado Mayor del batallón para proveerse de granadas de mano, regresó, llevando consigo un mensaje del segundo jefe del batallón. Yang lo leyó una y otra vez en silencio, el mensaje les ordenaba mantenerse en la posición a toda costa.

Yang leyó el mensaje en voz alta a sus hombres. Luego dijo con tono resuelto: «Daremos prueba de nuestro valor; y el enemigo llevará su merecido. La posición quedará segura en nuestras manos. . .»

El mensaje del segundo comandante del batallón y las palabras de Yang hicieron olvidar el hambre, el frío y la fatiga. Aunque los soldados del pueblo eran pocos en número, confiaban en poder enfrentarse con las luchas más duras.

Se entabló a continuación una encarnizada batalla. Un batallón entero de soldados norteamericanos se lanzó, con fiereza de lobos, contra el monte Siaogao.

El jefe de la 8ª escuadra, con un fusil automático en una mano y una granada en la otra, se lanzó en medio del enemigo; en el fragor de la lucha, fue alcanzado por una bala contraria.

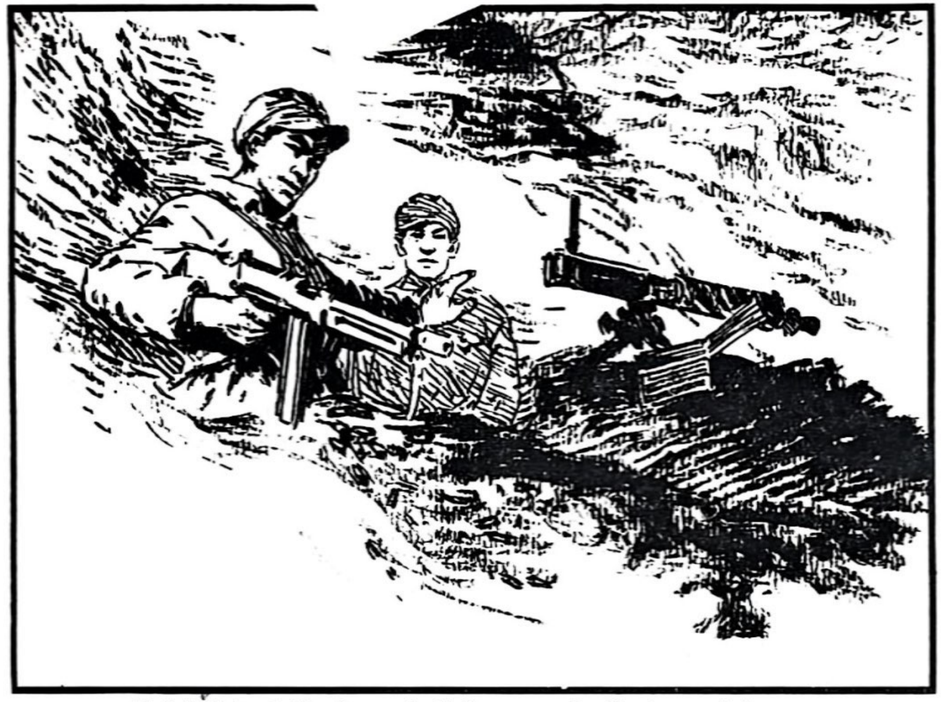
Liu Ya-ting se quitó la venda y cogiendo la ametralladora barrió al enemigo, pero un casco de granada le dio en la cabeza; después de disparar las últimas balas cayó.

Wu Fu, fusil en mano, descendió disparando desde lo alto hasta el pie de Siaogao; luego hizo lo mismo de abajo a arriba. De repente, le abandonaron las fuerzas y su fusil cayó al suelo. La sangre brotaba de su brazo y de su pecho.

Se volvió, recogió el fusil y miró a su alrededor. Vio como el comandante de la compañía luchaba denodadamente. Con gran esfuerzo, se dirigió arrastrándose hacia Yang.

Cuando Wu Fu llegó a rastras hasta Yang éste extrajo de su cartuchera unas balas y se las ofreció.

Tumbado hacia arriba, Wu Fu seguía disparando desde un hoyo de obús. A su lado sobrevino una estruendosa explosión. Su cuerpo se volvió, cerró los ojos y exhaló el último suspiro.



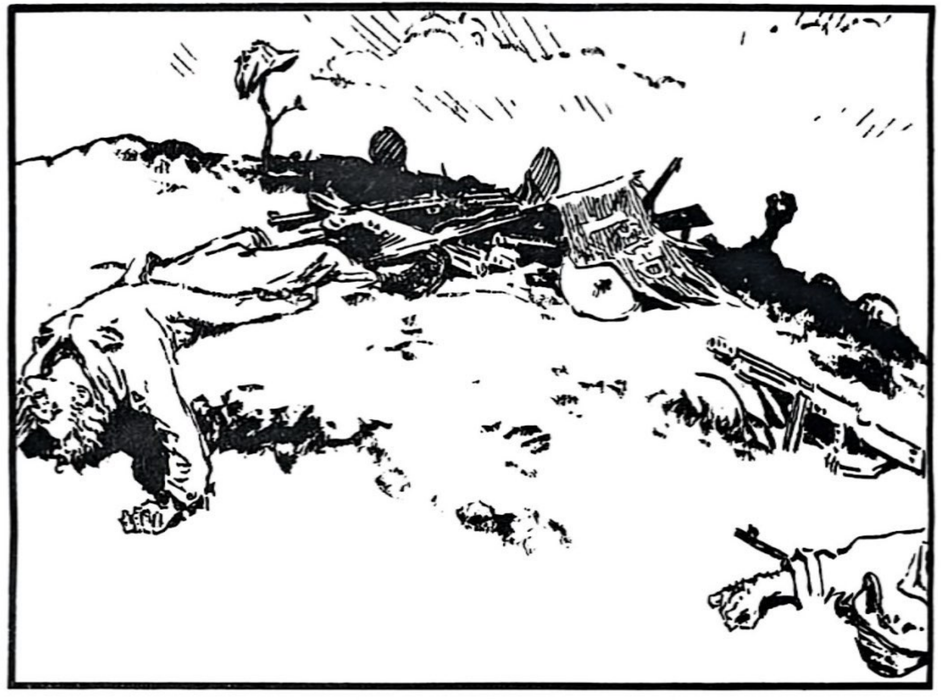
El jefe del pelotón de ametralladoras pesadas llegó para informar a Yang de que las municiones se habían agotado. La situación era crítica. Como las armas eran el tesoro de la revolución, nunca debía permitirse que cayeran en manos del enemigo. Yang le ordenó inmediatamente que se retirara de la línea avanzada con su ametralladora pesada.

El jefe del pelotón, con el corazón atribulado, miró desde una altura situada detrás de Siaogao hacia la colina que se alzaba ante él. De repente Siaogao quedó en silencio.

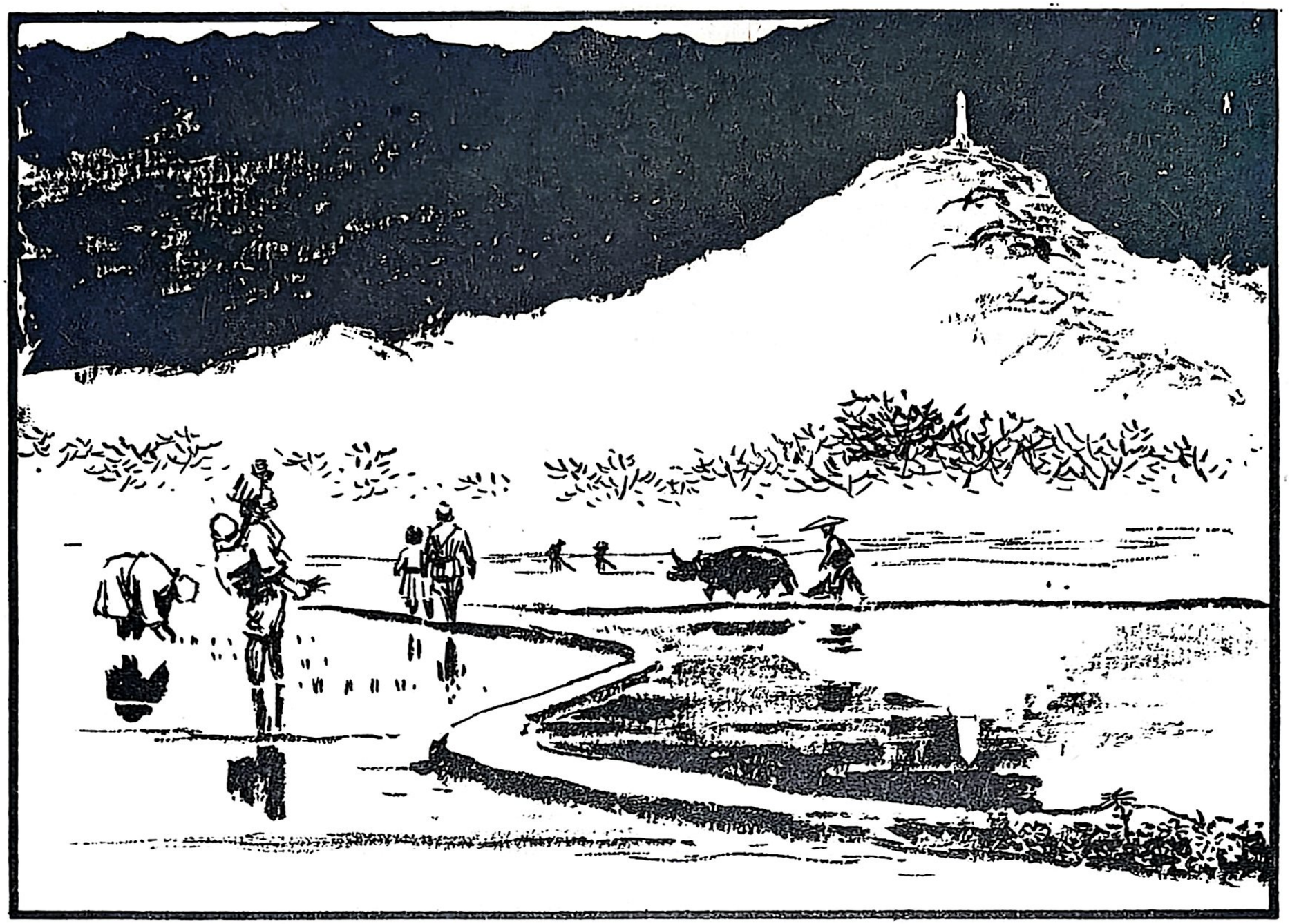
Ahora en la posición sólo quedaba Yang. Permanecía inalterable en lo alto de la colina y se preparaba para la última lucha.

El enemigo lanzó un nuevo ataque contra Siaogao. Enarbolando la bandera de la Primera división de infantería de Marina de los Estados Unidos, iban a hincar aquélla en lo alto de Siaogao.

El enemigo se acercaba más y más. Yang se irguió de repente. Llevaba en sus manos un humeante paquete de cartuchos de dinamita que lanzó en medio del enemigo. Este gritó, lleno de terror, pero era demasiado tarde para retroceder.



Se produjo una formidable explosión y una columna de humo negro se alzó sobre el monte Siaogao. El último grupo de soldados enemigos que intentaban tomar la colina fue aniquilado. ¡La bandera de los agresores nunca ondeó sobre el heroico Siaogao; pero un leal hijo del pueblo chino, el camarada Yang Guen-se, murió como un mártir!



La heroica imagen de Yang Guen-se se alzará para siempre sobre el monte Siaogao. Su nombre vivirá eternamente en los corazones de los pueblos chino y coreano.

楊 根 思
根据望昊著「百煉成鋼」
一帆 改編 賀友直 絵
*
外文出版社出版(北京)
1961年3月第一版
1961年7月第二版
編号:(西)8050—381